

IV

En este concepto, cuatro de ellos son superiores. Montesquieu, Voltaire, Diderot y Rousseau. Parece que basta nombrarlos; la Europa moderna no tiene mejores escritores, y, sin embargo, conviene examinar de cerca su talento si quiere comprenderse bien su poder. Por el tono y las maneras Montesquieu es el primero. No hay escritor que sea más dueño de sí ni que tenga más calma exterior ni esté más seguro de su palabra. Nunca da chillidos su voz; dice mesuradamente las cosas más atrevidas. Nada de gestos, las exclamaciones, las exageraciones del numen, todo lo que podría ser contrario á las conveniencias repugna á su tacto, á su reserva y á su grandeza. Siempre parece hablar ante una pequeña reunión de personas escogidas sumamente finas y como si á cada paso quisiera darles ocasión de experimentar su finura. Nadie tiene una adulación más delicada; le agradecemos el que nos ponga contentos de nuestra agudeza; necesario es estar dotado de ella para verle, porque de propósito acierta los desarrollos, omite las transiciones, dejando á nuestro cargo el suplirlas y entender lo que se calla. En él, el orden es riguroso, pero disimulado, y sus frases discontinuas desfilan cada una por su lado como otros tantos estuches de joyería, unas veces sencillos y desnudos en la apariencia, otros magníficamente decorados y cincelados, pero siempre llenos. Abridles; cada uno de ellos es un tesoro; puso allí en un estrecho espacio un gran montón de reflexiones, de emociones, de descubrimientos, y nuestro goce es tanto más vivo cuanto que todo eso, cogido en un minuto, cabe fácilmente en el hueco de la mano. «Lo que ordinariamente constituye un gran pensamiento, dice él mismo, es que la cosa que se dice muestre otras muchas, y que se nos haga ver de una sola vez lo que no podíamos esperar sino después de una larga lectura.» En efecto, tal es su estilo; precisa por resúmenes. En un capítulo de tres líneas concentra toda la esencia del despotismo. Muchas veces el mismo resumen tiene mucho de enigma, y el placer es doble, porque con el de comprender tenemos el de la satisfacción de adivinar. En todos los temas conserva esta discreción suprema, este arte de indicar sin tocar, estas reticencias, esta sonrisa que nunca llega á reír. «En mi *Defensa del espíritu de las leyes*, decía él, lo que me place no es el ver por tierra á los venerables teólogos, sino el ver cuán suavemente resbalan por ella.» Sobresale en la ironía tranquila, en el desdén pulcro,

en el sarcasmo disfrazado. Sus Persas juzgan la Francia como tales, y nosotros nos sonreimos de sus desprecios; desgraciadamente no es de ellos sino de nosotros de quienes hay que reír; porque resulta que su error es una verdad. Carta hay de una gran seriedad que parece una comedia á sus expensas, sin ninguna referencia á nosotros, llena de preocupaciones mahometanas y de infatuación oriental, tales, por ejemplo, como la 18, sobre la pureza é impureza de las cosas, y la 39 que trata de las pruebas de la misión de Mahoma; meditaciones; no es menor, a propósito de lo mismo, nuestra infatuación. Se dan golpes de una energía y de un alcance extraordinarios, así como de paso é inadvertidamente, contra las instituciones reinantes, contra el catolicismo alterado que «en el estado actual á que ha llegado Europa no puede subsistir 500 años,» contra la monarquía corrompida que hace ayunar á los ciudadanos útiles para cebar á los cortesanos parásitos, como dice en sus cartas 75 y 118. Toda la nueva filosofía se condensa bajo su mano con un aire inocente, en una novela pastoril, en una sencilla plegaria, en una carta ingenua, como podría verse en sus cartas 98, 46 y 11, que tratan respectivamente de las ciencias modernas, de la verdad, culto y de la naturaleza de la justicia. Ninguna de las dotes con las cuales se puede llamar y retener la atención falta á ese estilo, ni la grandiosa imaginación, ni el profundo sentimiento, ni la viveza del carácter, ni la delicadeza de los matices, ni la vigorosa precisión, ni la gracia jovial, ni la jocosidad imprevista, ni la variedad de la decoración. Pero entre tantos giros ingeniosos, apólogos, cuentos, retratos, diálogos, así en lo serio como en lo burlesco, siempre su continente permanece irrepachable y perfecto el tono. Si el autor desarrolla la paradoja, lo hace con una gravedad casi inglesa. Si ostenta toda la indecencia de las cosas, lo hace con toda la decencia de las palabras. Así, en mitad de la chocarrería como en lo más vivo de la licencia, continúa siendo hombre de buena sociedad, nacido y educado en un círculo aristocrático, cuya libertad es completa, pero cuya urbanidad es suprema, en el que se permiten todos los pensamientos y se pesan todas las palabras donde hay el derecho de decirlo todo, pero á condición de no descuidarse nunca.

Semejante círculo es estrecho y no comprende más que personas escogidas; para hacerse entender de la multitud, necesario es hablar en otro tono. La filosofía necesita de un escritor que se atribuya como empleo principal el de popularizarla, que no pueda contenerla dentro de sí, que la proyecte lejos de sí

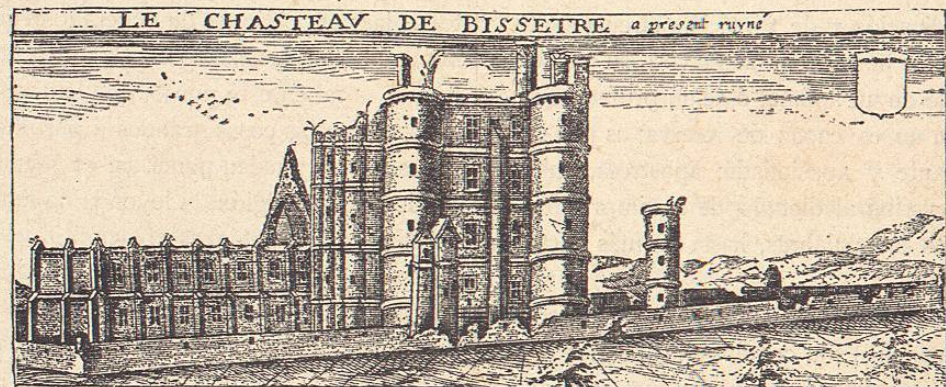
mismo á la manera de una fuente rebosante que vierte el agua para todos, siempre y bajo todas las formas, á largos chorros, á finas gotitas, sin secarse ni relentecerse jamás, por todos los agujeros y todos los conductos, prosa, poesía, grandes y pequeños versos; teatro, historia, novela, folletos, alegatos, tratados, libretos, diccionario, correspondencia, en público, en secreto, para que penetre en todos los terrenos y á todas las profundidades; este es Voltaire. «He hecho en mi tiempo, dice él en algunas partes más, que Calvino y que Lutero,» y en eso se equivoca. La verdad es, sin embargo, que tiene algo de su espíritu. Como ellos quiere cambiar la religión dominante, se conduce como un fundador de secta, recluta y hace prosélitos, escribe cartas de exhortación, de predicación y de dirección, circula santo y seña, da «á los hermanos» una divisa, su pasión se parece al celo de un apóstol ó de un profeta. Semejante espíritu no es capaz de reserva; es por naturaleza militante y apasionado; apostrofa, injuria, improvisa, escribe al dictado de su impresión, se permite todas las palabras, hasta las más duras en caso necesario.

Piensa por explosiones; sus emociones son sobresaltos, sus imágenes son centellas; se abandonan por completo, se entrega al lector, y por esto se apodera de él. Imposible resistirle, el contagio es sobrado fuerte. Criatura de aire y llama, la más excitable que hubo jamás, compuesta de átomos más etéreos y más vibrantes que los del resto de los hombres, no hay ninguno cuya estructura mental sea más fina ni cuyo equilibrio sea á la vez más inestable y exacto. Se le puede comparar á esas balanzas de precisión que un soplo desequilibra, pero al lado de los cuales son inexactos y groseros todos los demás aparatos de medición. En esta balanza delicada no conviene colocar sino pesos muy ligeros, pequeñas muestras, sólo con esta condición pesa rigurosamente todas las sustancias; así lo hace Voltaire, involuntariamente, por necesidad de espíritu y para sí mismo tanto como para sus lectores. Una filosofía completa, una teología en diez tomos, una ciencia abstracta, una biblioteca especial, una gran rama de la erudición, de la experiencia ó de la invención humanas se reducen así bajo su mano á una frase, ó á un verso. De la enorme masa rugosa y recubierta de escorias, extrae todo lo esencial, un grano de oro ó de cobre, modelo de lo demás, y nos lo presenta bajo la forma más cómoda y manejable posible, en una comparación, en una metáfora, en un epigrama que se convierte en proverbio. En esto, ningún escritor antiguo ni moderno le va al alcance; para sim-

plificar y vulgarizar no tiene rival en el mundo. Sin salir del tono de la conversación ordinaria y como divirtiéndose, pone en pequeñas frases los mayores descubrimientos y las más grandes hipótesis del espíritu humano, las teorías de Descartes, de Malebranche, Leibniz, Locke y Newton, las diferentes religiones de la antigüedad y de los tiempos modernos, todos los sistemas conocidos de física, de psicología, de geología, de moral, de derecho natural, de economía política, como pueden verse sus obras en prosa *Micromegas*, *El hombre de los cuarenta escudos*, *Diálogos entre A. B. y C.* *Diccionario filosófico*, y en sus obras en verso, *Los sistemas*, *La ley natural*, *El pro y el contra* y *Discurso acerca del hombre*; en una palabra: en toda clase de conocimientos, todas las concepciones de generalidad que la especie humana había alcanzado en el siglo XVIII. Su inclinación es tal en este punto, que le arrastra sobrado lejos; achica las cosas grandes á puro hacerlas accesibles. No se pueden poner así en menuda moneda corriente, la religión, la leyenda, la antigua poesía popular, las espontáneas creaciones del instinto, las semi-visiones de las edades primitivas; no son asuntos de conversación viva y divertida. Una palabra aguda no puede ser su expresión, sino su parodia. Pero, ¿qué atractivo para los franceses, para las personas de la buena sociedad y qué lector se abstendrá de conocer un libro donde todo el saber humano se encuentra resumido en agudezas? Porque es todo el saber humano, y yo no sé qué idea de importancia pudiera faltarle al hombre que tuviese por breviario los *Diálogos* el *Diccionario* y las *Novelas*. Leedlos cinco ó seis veces y sólo entonces os daréis cuenta de todo lo que contienen. No solamente las ojeadas al mundo y á los hombres, las ideas generales de todas clases, abundan en él, sí que también las descripciones positivas y hasta técnicas hormigean en sus obras; pequeños hechos sembrados á millares, detalles multiplicados y precisos sobre astronomía, física, geografía, psicología, estadística, historia de todos los pueblos, experimentos innumerables y personales de un hombre que por sí mismo ha leído los textos, manejado los instrumentos, visitado los países, tocado las industrias, practicado á los hombres y que, con la limpidez de su memoria prodigiosa y la vivacidad de su ardiente imaginación, vuelve á ver ó ve como con sus ojos materiales todo lo que dice á medida que lo va diciendo. Talento único, el más raro en un siglo clásico, el más precioso de todos, puesto que consiste en representarse los seres, no á través del velo gris de las frases generales, sino en sí mismos, tales como son en la naturaleza

y en la historia, con su color y su forma sensibles, con su originalidad y relieves individuales, con sus accesorios y sus contornos, en el tiempo y en el espacio, un labrador en su arado, un cuáquero en su congregación, un barón alemán en su castillo, holandeses, ingleses, españoles, italianos, franceses, en su país, una gran señora, una intriganta, provincianos, soldados, niños, y la restante mescolanza humana en todos los grados de la escala social, todos reducidos y á la luz fugitiva de un relámpago.

Porque ese es el rasgo más sobresaliente de este estilo, la rapidez prodigiosa, el deslumbrador y vertiginoso desfile de cosas siempre nuevas, ideas, imágenes, acontecimientos, paisajes, relatos, diálogos,



El castillo de Biçetre

todos los perfumes; hé ahí su instinto principal. «La vida, dice también, es un niño al que es necesario mecer hasta que se duerme.» Jamás hubo criatura mortal más excitada ni más excitante, más impropia para el silencio y más hostil al fastidio (1), más bien dotada para la conversación, más visiblemente destinada á convertirse en reina de un siglo sociable en el cual, con seis cuentos alegres, treinta equívocos y un poco de costumbre, tenía ya un hombre su pasaporte mundano y la certidumbre de ser bien acogido en todas partes. Nunca hubo escritor que tuviera en tan alto grado y con tanta abundancia todos los dones de la conversación, el arte de animar y agraciar la palabra, el talento de agradar á la gente de mundo. Del mejor tono cuando quiere,

(1) *Cándida*, último capítulo: «Cuándo no se disputaba, era tan grande el fastidio, que la anciana un día se atrevió á decir: Quisiera saber lo que es peor, ser cien veces violada por negros piratas, tener abiertas las nalgas por una carrera de baquetas entre los búlgaros, ser azotada y ahorcada en un auto de fe, ser disecada, remar en las galeras, experimentar, en fin, todas las miserias por que hemos pasado, ó estar aquí sin hacer nada. Es un gran problema, dijo Cándida.»

pequeñas descripciones compendiadoras, que se suceden corriendo como en una linterna mágica, casi tan pronto quitadas como aparecidas por el impaciente mágico que en un abrir y cerrar de ojos da la vuelta al mundo y que mezclando la historia, la fábula, la verdad, la imaginación, el tiempo presente, el tiempo pasado, encaja su obra tan pronto en una exhibición tan ridícula como la de un baratillo, como en una feria más magnífica que todas las de la Opera. Entretener, divertirse, «hacer pasar un alma por todos los caprichos imaginables» como un horno ardiente en el que se echan sucesivamente las sustancias más diversas para hacerle producir todas las llamas, todos los chisporroteos y

y encerrándose sin molestia dentro de las más exactas conveniencias de una perfecta urbanidad; de una galantería exquisita; respetuoso sin bajeza, agasajador sin insipidez, y siempre fácil, le basta hallarse en público para tomar naturalmente el acento mesurado, las maneras discretas, la seductora semisonrisa del hombre bien educado que introduciendo á los lectores en su pensamiento, les hace los honores de la casa. ¿Tenéis con él familiaridad y pertenecéis al pequeño círculo íntimo en el cual se desahoga con entera libertad á puerta cerrada? No dejaréis de reir nunca. Repentinamente, con mano segura y sin parecer que quiera tocarlo, levanta el velo que encubre un abuso, una preocupación, una indecencia, en una palabra: alguno de los ídolos humanos. Bajo esta repentina luz, la verdadera figura, disforme, odiosa ó vana aparece, nos encojemos de hombros. Es la risa de la inteligencia ágil y triunfante. Tiene otro, el del temperamento alegre, el del improvisador gracioso, del hombre que se conserva joven, niño y muchachuelo hasta su último día, y «hace cabriolas sobre su sepulcro.» Es amante de las caricaturas, recarga las líneas de la fisonomía,

pone en escena entes grotescos, como puede verse en su *Canonización de San Cucufino*, en sus consejos al hermano Pediculoso, en su *Diatriba* del doctor Akakaia y otros escritos; les pasea en todos sentidos como fantoches; nunca se cansa de volverlos á coger y hacerlos bailar con nuevos trajes; en el pleno

período de su filosofía, de su propaganda y de su polémica, instala al aire libre su teatro de bolsillo, sus fantoches, un bachiller, un monje, un inquisidor, Maupertius, Tompignan, Nonotte, Fréron, el rey David y tantos otros que vienen á nuestros ojos á piruetear y gesticular en traje de bufón y de arle-



Las bodas de Figaro

quín. Cuando el talento de la farsa se añade de este modo á la necesidad de la verdad, la burla se hace omnipotente; porque satisface instintos universales y profundos de la naturaleza humana, la maligna curiosidad, el espíritu de maledicencia, la aversión á las trabas; aquel fondo de mal humor que en nosotros dejan lo convencional, la etiqueta y la obligación social de llenar el pesado manto de la decencia y de respeto; hay en la vida ocasiones en que al más sabio no le disgusta quitárselo á medias ó enteramente. A cada página, Voltaire, unas veces con el rudo movimiento de un naturalista atrevido, y

otras con un rápido gesto de mono bribón, echa á un lado la vestimenta seria ó solemne y nos enseña al hombre, pobre bimano, ¡en qué actitudes! (1) Sólo Swift ha aventurado semejantes cuadros. Al principio ó al fin de todos nuestros sentimientos exaltados, ¡qué crudezas fisiológicas! ¡Qué desproporción entre nuestra razón tan débil y nuestros instintos tan fuertes! ¡En qué rincones de guardarropía, van

(1) *Diccionario filosófico*, artículo *Ignorancia*. *Las orejas del conde de Chesterfield*. *El hombre de los cuarenta escudos*, cap. VII y XI.